

CULTURA OCIO COMUNICACIÓN

Apenas cumplida la mayoría de edad, la escritura cautivó a Anjel Lertxundi, una pasión que mantiene viva casi medio siglo después. En su última novela, 'Zu', reflexiona sobre la enfermedad y la vida

ZARAUTZ — "Maquiavelo decía que, tras pasar todo el día fuera, cuando llegaba a casa vestía sus mejores ropas para acercarse cada noche a los grandes autores clásicos de la literatura". Esas mismas palabras resonaban hace unos días en boca del escritor Anjel Lertxundi (Orio, 1948), en un homenaje en el que tanto él como Antton Valverde recordaron al fallecido Xabier Lete. "Le dije al público que de esa misma manera había que acercarse a la obra de Xabier", confiesa. Y lo cierto es que algo similar podría ocurrir con el legado que el oriotarra afincado en Zarautz ha gestado en una trayectoria cercana al medio siglo. *Zu*, la última de sus novelas, ha sido traducida al castellano hace escasas semanas. Un auténtico canto a la vida en el que la crudeza de un cáncer y las ganas de vivir convergen en una lucha contra el reloj. Según sus palabras, 'Zu' esboza un retrato del "otoño de la vida". ¿Cómo diría que es esa estación? —Es una etapa más del año, absolutamente necesaria para que después vengan otros tiempos y generaciones. Cuando se menciona el otoño de la vida, se aprecia una cierta nostalgia

Anjel Lertxundi

ESCRITOR

"La vida es un puzle cuyos trozos trata de recomponer la literatura"

Una entrevista de Leyre Eguskiza
Fotografía Javi Colmenero

porque ya se fue la juventud, vienen cosas difíciles... pero yo no creo en nada de eso. Hay que disfrutar a tope de todas las etapas. Siempre digo que la vida es una oportunidad estupenda para, precisamente, poder entender lo que es la vida. La narración comienza el día en que a su mujer, a la que llama Zu (Tú) en la novela, le es diagnosticado un cán-

cer de páncreas. Es una historia tocada de lleno por el dolor y la enfermedad, pero también tiene mucho de esperanza y de ganas de vivir. ¿Se podría decir que, por encima de todo, es un canto a la vida? —Afortunado es quien durante su vida no ha pasado por ninguna enfermedad, pero normalmente todos estamos destinados a tener alguna que

otra y es otra parte más de esta vida, aunque no sea la más agradable. Para nosotros esta es una ocasión de vivir en plenitud esa parte y mantener la dignidad ante la vida. Es decir, que la adversidad no te quite de ninguna forma las ganas de salir adelante. Comenzó a plasmar sus sentimientos y reflexiones en las notas que escribía a diario tras conocer el

diagnóstico. ¿Cómo fueron tomando forma de novela?

—La génesis es un poco extraña porque en aquel momento, como bien dice, lo único que yo hacía era tomar apuntes. Mi objetivo no era explicar qué era lo que nos estaba sucediendo, sino que simplemente observaba. Comencé a organizar el material y mi mujer me dijo: "Tú ahora estás con alguna novela, ¿no?" Y esa fue la frase de la que salió la posibilidad de un libro, porque a mí en esas circunstancias ni se me había pasado por la cabeza. Entre los dos acordamos que si conseguía algo que pudiera valer, habría una posibilidad de publicarlo. Lo único que me pidió fue que el libro fuera publicado en vida, porque si la reivindicación que se hace en la narración de un *modus vivendi* digno terminaba con la muerte de alguno de los dos, no tendría sentido. *Zu* es una especie de lucha contra el reloj, se trata de decir que continuamos vivos y que reivindicamos vivir dignamente. Por tanto, ¿verla en las librerías es una victoria?

—Lo es, es una de esas pequeñas victorias que se tienen ante la muerte. Como también lo son la operación que hace un médico, las obras artísticas, la solidaridad ante un terremoto o contra la guerra... Desgraciadamente, trata un tema, el del cáncer, que toca de cerca a muchas familias. ¿Cree que 'Zu' ha propiciado el acercamiento de algunos lectores menos habituales? —No hay una familia que no tenga a alguien cercano enfermo. Con lo cual,

retiraba titubeó, como si fuera a comentarme algo, y me dijo en euskera: Ni ere Zu naiz (Yo también soy Tú). En ese momento se perdió entre la gente y no volví a verle, pero nunca podré agradecerse bastante porque vi que acerté con el título.

El nombre que le da a la protagonista, Zu, es uno de los aspectos más destacados de la novela.

—Y también fue una de las primeras cosas en las que pensé. No podía utilizar el nombre propio de la persona enferma e inventarme uno suponía individualizar, y yo no quería hacerlo, a pesar de que estaba contando nuestra experiencia. Me salió bastante natural llamarle Zu, y en cuanto lo hice me di cuenta de que era algo que sorprendía. La utilización de un pronombre personal como nombre propio suponía que había que alterar la forma del verbo y ese juego literario me pareció bonito.

En el caso concreto de 'Zu' desnuda una difícil etapa de su vida, pero los elementos autobiográficos son comunes en muchas de sus obras. ¿Le gusta mirar a la literatura desde la cercanía a su vida?

—Es cierto, y eso que hay algunos de mis trabajos en los que me he alejado muchísimo, pero incluso en ellos hay cuestiones muy personales, algunas de ellas anecdóticas y otras más conscientes. Un escritor se nutre de sus propias experiencias y recurre a lo más próximo en muchas de las cosas que cuenta, aunque las disfraza. Después de tantos años, me doy cuenta de que hablamos de lo que nos rodea para reflejarlo o para alejarnos de aquello que no nos gusta.

'La montaña mágica' de Thomas Mann, 'La peste' de Albert Camus, los libros de Susan Sontag... las menciones a clásicos son abundantes en la novela. Hay mucha literatura dentro de su literatura, ¿no cree?

—Decía Mary Shelley, cuando escribió *Frankenstein*, que nada surge de la nada y que siempre va precedido de algo. Es como una piedra que se va moviendo por el río; va cambiando mientras rueda, pero siempre es la misma piedra. Todos hemos creado y creamos a partir de algo, pero no es solo cosa de los escritores.

En sus libros, tan importante es el qué como el cómo. ¿La experimentación con las formas al crear una historia es lo que la hace especial?

—La vida es un puzzle, una pérdida de la totalidad y la recomposición de las piezas que la forman. Se trata de recuperar los trozos, de pensar cómo hemos llegado hasta aquí, y eso es lo que la literatura pretende. En *Zu* y en otras obras mías la fragmentariedad está muy presente porque da más juego al lector para que añada trozos de su propia experiencia a la narración.

¿La experiencia que aportan los años hace que vaya perdiendo, en cierta manera, la frescura?

—Con la edad se vuelve uno más prudente. Me gusta apostar por cosas nuevas y procuro que un libro sea muy diferente del anterior, pero en la propia escritura se está mucho más seguro con aquello que has conseguido y se cree que ahondar en esa vía conduce a logros mayores. Ahora escribo con menos frescura y más seguridad, pero es algo natural en todos los procesos de la vida. ●

es normal que un sector de lectores no habituales, y menos en el caso de la literatura en euskera, se hayan animado a leerlo debido al tema que se trata y al boca a boca. He tenido buen *feedback* la gente nos ha escrito para darnos las gracias. Con un tema así exteriorizas aspectos que son muy íntimos y esa sobreexposición te produce cierto vértigo, pero todos los miedos que teníamos han desaparecido y el efecto es muy gratificante.

¿Recuerda alguna anécdota que le haya conmovido especialmente?

—La anécdota que más me tocó, aunque solamente fueron unos segundos, me sucedió en la Azoka de Durango. Un hombre de unos 50 años se aproximó y me pidió que le firmara un libro. Fue muy escueto y cuando ya se

“La novela es una especie de lucha contra el reloj, se trata de decir que continuamos vivos y que reivindicamos vivir dignamente”

“En la Azoka de Durango un lector se acercó y me dijo ‘Yo también soy Tú’; entonces comprendí que había acertado con el título”

“Con la edad se vuelve uno más prudente; ahora escribo con menos frescura y más seguridad, pero es natural en todos los procesos de la vida”

“El mayor compromiso de un escritor debe ser con su propia voz y con su obra”

ZARAUZ — Muchos escritores y artistas de su generación fueron autodidactas, sumergidos en un ambiente cultural en el que existía un gran compromiso con la cultura y el euskera. ¿Se mantiene hoy esa responsabilidad?

—Para mí, el mayor compromiso de un escritor debe ser con su propia voz y con su obra. Luego existen otro tipo de compromisos éticos, políticos... pero la construcción de un estilo literario es fundamental para no defraudar a su lector. Por mucho que cada obra sea diferente, el lector debe cogerla y ser capaz de identificarse.

¿Le resulta complicado a uno mismo encontrar ese ADN literario que lo identifique?

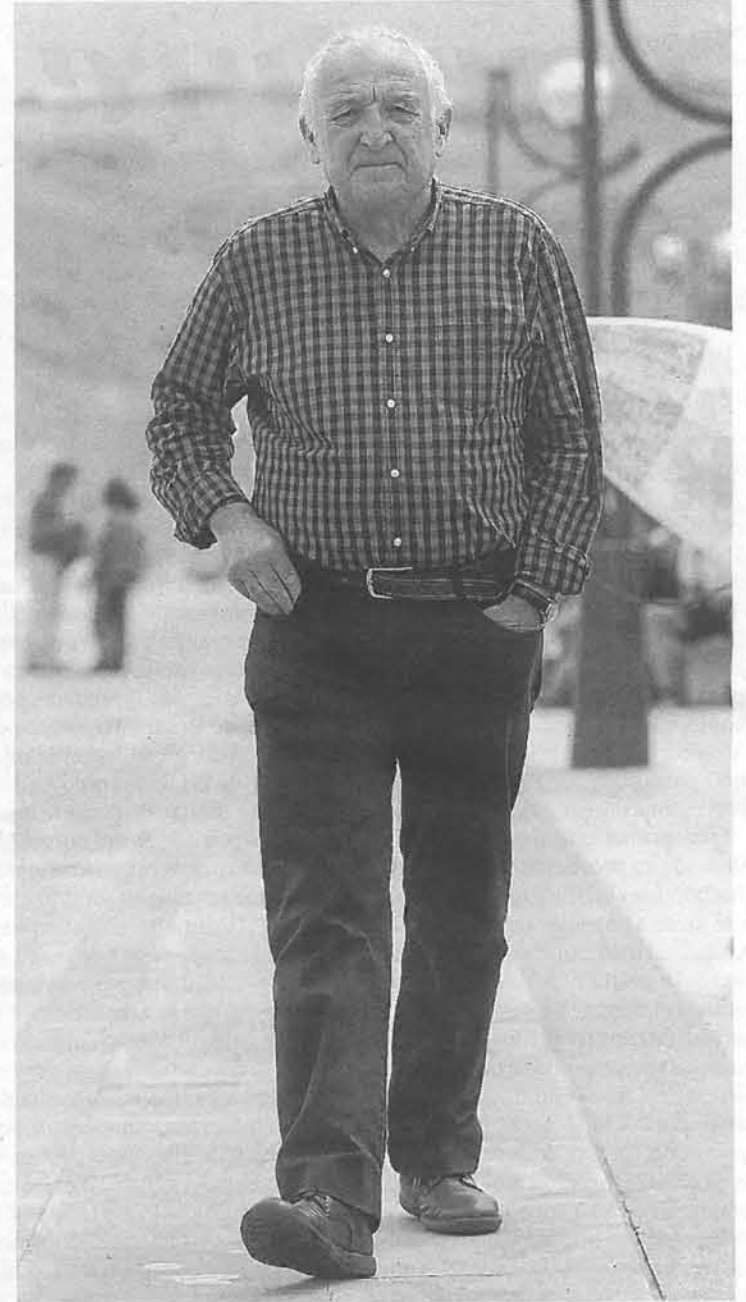
—En el proceso de búsqueda de esa propia voz, excepto en casos extraordinarios, los primeros pasos del escritor son titubeos. Un autor joven es como una esponja que va depurando aquello que recoge de aquí y allá. Cuando me preguntan por qué no escribo en castellano pienso que si ahora me decidiera hacerlo sería un loco, porque durante 40 años he trabajado como lengua literaria la propia. Necesitaría mucho bagaje porque para escribir una novela hace falta bastante más que el conocimiento de una lengua.

Dicen que en la biblioteca de un escritor se encuentra su universo. ¿Qué hay en la suya?

—La biblioteca es el mapa que dibuja la aventura intelectual de un escritor y en la mía el material es muy heterogéneo. Hay libros en francés, italiano, euskera, castellano y latín; hay estudios sobre literatura infantil y escritos sobre la oralidad; hay poesía, ensayo, ficción... Y hay muchos libros subrayados. Julio Cortázar decía que quien subraya, se subraya a sí mismo, así que en ellos y en las notas de los márgenes también estoy yo. **Menciona su interés por la poesía, un género que no ha abordado en euskera. ¿A qué se debe?**

—Siempre he hablado de una intuición que tengo sobre lo que puede haber detrás. Cuando escribía poesía fue fundamentalmente en la época juvenil y en castellano. En la poesía en euskera me cuesta encontrar esa voz y el resultado me parece lejano, artificioso. Y si algo tiene que tener fibra sincera es la poesía.

A partir de mañana retomará su columna de opinión en NOTICIAS DE GIPUZKOA, una labor que ha desempeñado en diversos medios de comunicación. ¿Alguna vez ha aflorado el miedo al folio en blanco?



Lertxundi, en el paseo de la playa de Zarautz. Foto: J. Colmenero

—Las ideas no se acaban, toman nueva forma. Si no sabes sobre qué escribir, empiezas a indagar sobre lo que has leído recientemente y al final, con mayor o menor fortuna, siempre sale algo. Una columna es la habilidad de unir elementos muy dispares y hacerlos converger en unos mil caracteres. A veces dices: “Qué duro es esto”. Pero mantenerme alerta todos los días es un ejercicio maravilloso que yo necesito.

Hace medio siglo nació Ez Dok Amairu, un hito que marcaría la cultura vasca. ¿Cómo la ve 50 años después?

“Cuando escribo poesía en euskera me cuesta encontrar mi propia voz, y si algo tiene que tener fibra sincera es la poesía”

—Euskara batua, ikastolas, prensa vasca y televisión, las campañas de alfabetización, Ez Dok Amairu, las nuevas editoriales... Todos son hitos impresionantes pero venían a cubrir un vacío absoluto, un desierto cultural total. Por tanto, era fácil pensar en grandes proyectos. Creer que ahora vamos a poder hacerlo mismo no es posible porque esos huecos ya están cubiertos. La reflexión viene en otros parámetros; hay que pensar en términos de la realidad actual, lejos de la tentación de mirar al pasado con nostalgia. Hay experiencias que recuerdan a aquellos tiempos como el Loraldia de Bilbao, que tiene mucha fuerza y es un modelo paradigmático por su carácter más particular. Son modelos de aquella época pero centrados en una ciudad con unas características muy peculiares en lo que respecta a relación entre sus dos lenguas. —L. Eguskiza